

"El conocimiento de la naturaleza del lenguaje y del papel que él desempeña lo dan diversos campos particulares de indagación, que son especializaciones estimuladas por problemas surgidos en varias disciplinas, incluyendo el estudio literario, la filosofía, la lógica y la psicología. El autor toma nota de estas diversas contribuciones, pero su preocupación central es la de un antropólogo y sociólogo: las funciones del lenguaje dentro del orden sociocultural. Si bien este tema es tratado en obras de mayor hondura, *Lenguaje y Sociedad*, en su carácter de texto introductorio, constituye una aportación excepcional para la literatura sociológica".

PAIDOS — Buenos Aires

56

J. Bram / Lenguaje y Sociedad

PAIDOS

J. BRAM

LENGUAJE
Y SOCIEDAD

Biblioteca del hombre contemporáneo

Título del original inglés

LANGUAGE AND SOCIETY

Publicado por

la colección "Studies in Sociology" de

RANDOM HOUSE

New York

Traducción de

GERARDO STEENKS

Impreso en la República Argentina

Queda hecho el depósito que previene la Ley N° 11.723

1a. edición castellana, 1961

©

Copyright de todas las ediciones en castellano by

EDITORIAL PAIDÓS

Sociedad en Comandita

Cabildo 2454

Buenos Aires

INDICE

Prólogo	7
I. <i>La naturaleza y las funciones sociales del lenguaje</i>	11
Los orígenes del lenguaje	11
Una definición del lenguaje	13
Interacción social en el tiempo y el espacio	19
El lenguaje y la extensión del mundo humano	22
II. <i>Las ciencias del lenguaje</i>	26
Conciencia lingüística	26
Lexicografía	27
Gramática	28
Etimología	30
Filología	32
Lingüística comparada	33
Lenguaje y filosofía	34
Lenguaje y significado	39
III. <i>Lenguaje, socialización y cultura</i>	42
Una definición de socialización	42
Adquisición del lenguaje por el niño	43
Lenguaje y roles sociales	46
El lenguaje y la imagen del yo	47
El lenguaje y el proceso de endoculturación	48
El lenguaje y los hábitos de pensamiento de los hombres	51
IV. <i>Cómo cambian los lenguajes</i>	54
Cambio y continuidad	54
Dónde ocurre el cambio	55

CAPÍTULO II

LAS CIENCIAS DEL LENGUAJE

Conciencia lingüística

Sería un error suponer que los hombres *preletrados* no tienen conciencia de los fenómenos específicamente lingüísticos. Enteramente al contrario, en regiones multiculturales (como, por ejemplo, Nueva Guinea, África, Occidental y la cuenca del Amazonas) se han encontrado grupos sumamente primitivos y que sin embargo tienen una clara idea del acento "extranjero" de sus vecinos y de otras diferencias idiomáticas. Hay entre ellos muchos individuos que son bilingües o que al menos entienden más de dos idiomas. Las madres nativas corrigen pacientemente la mala pronunciación o los errores de construcción del habla de sus criaturas. En una gran cantidad de zonas primitivas los antropólogos viajeros han podido recoger adivinanzas, chistes, proverbios, acertijos y juegos de palabras. La impresión general que se obtiene de estos materiales es que aun en un nivel previo al conocimiento de la escritura el hombre reconoce el lenguaje como un fenómeno peculiar de su propia manera de vivir y lo convierte en un objeto de manejos y observaciones discriminadoras.

A pesar de esto, la evidencia de un pensamiento organizado acerca de la naturaleza del habla humana la hallamos sólo luego de la aparición de la verdadera escritura. El interés por este asunto sigue usualmente una variedad de posibles canales, especializándose cada época y cada sociedad en aquel aspecto del lenguaje que parece estar relacionado con algún punto vital de sus vidas. En este breve trabajo no podemos señalar más que unas pocas fases del desarrollo del saber lingüis-

tico. Pero dentro de los lineamientos de un estudio de esta clase destacaremos episodios significativamente relacionados con otros fenómenos sociales de sus tiempos.

Lexicografía

La civilización sumeria, de las llanuras pantanosas del Eufrates, nos proporciona los textos conocidos más antiguos que pueden ser identificados como diccionarios. Tienen la forma de listas de palabras inscriptas en tabletas de arcilla, y pueden haber sido usadas como material de enseñanza o como referencia para el deletreo. Los súmeros fueron el grupo cultural dominante del antiguo Cercano Oriente durante mil quinientos años y hasta los primeros siglos del segundo milenio anterior a nuestra era. Aun luego de extinguida la civilización sumeria, su lenguaje, literatura y sistema de escritura sirvieron como base para la vida intelectual de los babilonios, asirios y heteos. Uno de los documentos humanos más realistas que nos llega de los antiguos súmeros ha sido traducido por el profesor S. N. Kramer de la Universidad de Pensilvania bajo el título de *Días Escolares — Una Composición Sumeria Relacionada con la Educación de un Escriba*¹. Fué escrita durante la primera mitad del segundo milenio antes de J.C. y describe el día de un escolar sumerio, demostrando el alto grado de desarrollo alcanzado en aquellos tiempos por el proceso escolar.

La investigación arqueológica efectuada en la Mesopotamia Superior ha traído a luz centenares de millares de tabletas de arcilla provenientes de las bibliotecas de los reyes asirios. Las mismas se refieren a una

¹ Kramer, S. N.: "Schooldays — a Sumerian Composition Relating to the Education of a Scribe", *Journal of the American Oriental Society*, 69, Nº 4 (Oct.-Dec., 1949).

impresionante y extensa variedad de temas, tales como magia, religión, mitología, astronomía, historia, leyes, medicina y guerras. Algunas de estas tabletas, pertenecientes a la colección del rey Assurbanipal IV (séptimo siglo antes de J. C.), resultaron ser listas de palabras sumerias con sus equivalentes asirios, es decir, verdaderos diccionarios bilingües.

Si trasladamos nuestra atención al Lejano Oriente hallaremos que la lexicografía china puede ser remontada hasta el undécimo siglo antes de J. C. La demanda por ella fué creada por las complicaciones del sistema chino de escritura, ya que el mismo se basa sobre numerosos y distintos caracteres o ideografías, a cada uno de los cuales corresponde una cantidad de significados. Uno de los más célebres diccionarios chinos, compilado en el segundo siglo antes de J. C., bajo el título de *Shuo Wên*, enumera 10516 símbolos acompañados de sus significados y derivaciones².

Gramática

Las gramáticas representan un paso adelante respecto a los diccionarios. Constituyen intentos de discernir y describir regularidades estructurales y funcionales encontradas en las lenguas humanas. En sus fases exploratorias las gramáticas eran analíticas, a la vez que en la presentación de sus hallazgos seguían un criterio sistemático y clasificatorio.

Las dos civilizaciones antiguas en las cuales hubo actividad de gramáticos fueron las de la India y de Grecia. La célebre descripción de la lengua sánscrita compuesta por Panini (350 años antes de J. C.) ha sido

² Diringer, David: *The Alphabet, A Key to the History of Mankind*, segunda edición revisada, New York, Philosophical Library Inc., 1949, pág. 110.

considerada como una de las más antiguas y completas gramáticas de cualquier idioma conocido. Los gramáticos griegos fueron muchos. Figura entre ellos Aristóteles, a quien se le acredita la introducción de las distintas partes de la oración, y los estoicos (siglos tercero a segundo antes de J. C.) con los nombres de los casos empleados para la declinación de nombres y adjetivos. Traducidos al latín, estos nombres de casos pasaron a formar parte de nuestra propia terminología gramatical. En algunas gramáticas inglesas anticuadas los substantivos son todavía hoy declinados de acuerdo con la pauta greco-latina: Nominativo, *el libro*; genitivo, *del libro*; dativo, *al libro*; acusativo, *el libro*. Las declinaciones y determinaciones de casos en realidad han desaparecido de la lengua inglesa, no habiendo casi justificación para que tales reglas clásicas y antiguas sean aplicadas al idioma inglés moderno.

Todas las gramáticas deben haber sido concebidas originalmente como estudios puramente descriptivos de formas corrientes. Pero muy pronto se convirtieron también en normas destinadas a indicar los usos correctos. Con el tiempo surgieron conflictos entre el carácter dinámico y cambiante de las lenguas habladas y las influencias restrictivas y opresoras de varios gramáticos autoritarios. Fueron choques que aparecieron en todas las naciones de Europa, ya que habían sido sometidas al influjo de la tradición clásica.

Como comentario importante sobre el vigor y la legitimidad de los cambios lingüísticos, cabe observar que, a pesar de gramáticos y puristas, no hubo ninguna de las lenguas europeas que no pasara por todas las transformaciones que parecen ser propias de la naturaleza misma del idioma vivo.

Etimología

La etimología, como rama separada de los estudios lingüísticos, tiene un pasado un tanto oscuro. Su nombre deriva de las raíces griegas *etymos* (verdadero) y *logos* (dicción, palabra), y la mejor descripción de ella es decir que busca el significado verdadero de la palabra mediante la investigación del origen de éstas. En la Grecia antigua las especulaciones etimológicas tuvieron por base la creencia de que las palabras eran expresión natural y necesaria de las nociones que las sustentaban. Durante siglos los gramáticos y filósofos griegos estuvieron divididos en dos bandos. Quienes creían en el origen natural de las palabras usaban como lema el vocablo *phúsei* (por naturaleza); en tanto que los partidarios de la teoría de que las palabras eran conglomerados de sonidos hechos por el hombre y a los que se les asignaba significados convencionales, se identificaban con el lema de *thései* (por convención). Nuestras propias pugnas intelectuales vinculadas con términos tales como naturaleza, crianza, herencia, medio, instinto y aprendizaje son una expresión moderna de esta antigua y básica dicotomía.

En tanto que los griegos iban en pos de los orígenes naturales de su idioma, sus contemporáneos judíos consideraban el hebreo como una lengua sagrada y revelada por la *Divinidad*, como la lengua usada por Adán y Eva en el Jardín del Edén, como la lengua hablada por el mismo Señor. De ese modo, al dedicarse a la investigación etimológica, la búsqueda del origen de las palabras que hacían los sabios judíos estaba íntimamente relacionada con el fisgar metafísico en los misterios de la creación divina. Siglos más tarde esta actitud cobró forma en el sistema esotérico de interpretación bíblica conocida con el nombre de cábala. Tal escuela de pensamiento proclamó que toda palabra, e

incluso toda letra, incluida en el texto del Antiguo Testamento tenía un significado oculto más importante que aquel revelado por el contenido manifiesto. Fué un movimiento que surgió unos siete siglos antes de J.C., y puede ser seguido hasta comienzos del siglo XVIII de nuestra era. No obstante ser un sistema originalmente judío, la cábala atrajo a muchos no judíos y halló lugar en las enseñanzas de varios grupos ocultistas, tales como los rosacruces.

Las especulaciones etimológicas parecen tener hasta la fecha una fascinación particular para animosos sabios marginales. Recurren a la evidencia etimológica quienes aspiran a hallar las "diez tribus perdidas de Israel", a derivar el idioma de los indios algonquines del idioma de los exploradores noruegos, a demostrar la ascendencia celta druídica de los constructores de las pirámides de Egipto, y a probar el origen sudamericano de los habitantes de la Polinesia.

En manos de investigadores escrupulosos, empero, la etimología puede hacer, y ha hecho, importantes contribuciones para la solución de problemas históricos. Una de sus ramas, la *toponimia* (que trata de los nombres de lugares), ha sido de gran ayuda para reconstruir la historia de las migraciones. En tierras de habla latina sobreviven términos geográficos celtas y de la India septentrional (no drávida) que contienen nombres de lugar drávidas, los que figuran entre las reliquias valiosas de un pasado casi carente de toda otra documentación. Servicios similares pueden ser prestados por otra subdivisión especializada de la etimología, llamada *antroponimia*, y que se refiere al origen de los nombres personales. Las raíces de palabras y términos vinculados con técnicas agrícolas, ganaderas, textiles y cerámicas, observaciones astronómicas y calendarias, la navegación, la guerra y análogos actividades culturales han demostrado infinidad de veces ser los datos auxi-

liares más valiosos en los albures de la reconstrucción histórica.

Filología

La línea divisoria que separa la lingüística y la filología no ha sido nunca trazada con certeza. Desde un punto de vista básico, el lingüista examina un lenguaje particular como un fin en sí mismo; los sonidos, formas y moldes funcionales de tal lenguaje son los objetivos últimos de su curiosidad científica. Para un filólogo un lenguaje es en cambio el medio para llegar a un fin, fin que es por lo general la cultura de una sociedad particular. Un lingüista estudia la lengua esquimal principalmente debido a sus características polisintéticas (es decir, la tendencia a combinar palabras y elementos formales para obtener unidades idiomáticas complejas). Por otra parte, un filólogo puede inclinarse hacia el estudio de la lengua pali dado su interés en las enseñanzas del budismo, ya que su literatura primitiva aparece principalmente en tal idioma.

La civilización de la antigua Grecia ha sido, como campo de estudio, venero de numerosos desarrollos filológicos: entre los alejandrinos del Egipto helenístico, entre los árabes de la zona mediterránea, en Bizancio, en la Europa oriental durante la época del Renacimiento, y a través de toda la civilización occidental como parte del nuevo ímpetu cobrado por las ciencias históricas en el siglo XIX. De modo análogo, la vida intelectual tanto de la China como de la India ha sido profundamente influida por la existencia de voluminosos cuerpos de literatura antigua. El pasado incorporado en estos escritos ha sido objeto de gran veneración, y la interpretación textual y los estudios filológicos han absorbido durante generaciones las mentes más preclaras de ambas naciones.

Un capítulo verdaderamente dramático en la histo-

ria del análisis filológico tiene por tema la interpretación de la Biblia. Cuando en el siglo XVII Spinoza, en su *Tractatus Theologico-Politicus*, expresó la opinión de que "los libros sagrados no habían sido escritos por un solo hombre, ni por gente de una sola época, sino por muchos autores de diferentes temperamentos..."³, esta opinión fué recibida como una peligrosa herejía. Pero el movimiento de exégesis filológica halló numerosos entusiastas, y remató en los grandes descubrimientos hechos por Jean Astruc, un ilustrado médico francés. En un estudio publicado en 1753 demostró que si aquellos textos bíblicos en los cuales se nombra a Dios como *Jahwe* son separados de los textos en donde *Elohim* es el término equivalente, se ponen en evidencia dos narraciones distintas y con una unidad de estilo. La extrapolación de tales dos narraciones desde el texto total revela además la existencia de una tercera veta, más antigua aún. Este análisis del Antiguo Testamento, con varias modificaciones, ha sido aceptado como pauta en la mayoría de los estudios bíblicos.

Lingüística comparada

Durante el siglo XIX el estudio del lenguaje estaba identificado en gran parte con el campo de la lingüística comparada. Fué una escuela que se propuso hallar las conexiones genéticas existentes entre varios lenguajes de orígenes presumiblemente comunes. Al llevar a cabo su tarea desarrolló técnicas y métodos rigurosos, y por primera vez la lingüística apareció como una ciencia, y quienes la practican en la actualidad hablan en términos de "leyes" y "procesos".

³ Citado por Neff, Emery: *The Poetry of History*, New York, Columbia University Press, 1947, pág. 53.

Europa demostró ser un terreno desusadamente propicio para los estudios de la lingüística comparada. Dentro de sus confines los investigadores gozaron de un fácil acceso a numerosos idiomas y dialectos, los que se prestaban para ser clasificados fácilmente en ocho familias de lenguas. Estas ocho familias fueron al fin vinculadas genéticamente con las lenguas de la India y el Irán, demostrando así la existencia de una vasta superfamilia indoeuropea*. El descubrimiento de un parentesco lingüístico entre variedades de idioma tan ampliamente dispersas —desde la India a Irlanda— impresionó fuertemente al público lector de Europa y América. Ciertas mentes poco escrupulosas excedieron el significado literal de este nuevo conocimiento y en poco tiempo hicieron crecer una rica cosecha de folklore histórico, incluyendo el notorio mito ario.

Lenguaje y filosofía

Sería temerario, dentro de los límites de este estudio, intentar una definición de la palabra *filosofía*. Se la ha usado para denominar a toda una familia de indagaciones y actividades. Las relacionadas con los métodos y la validez del conocimiento son abarcadas por el término *epistemología*. Las que exploran los principios más generales que sustentan la naturaleza de la realidad son conocidas con el nombre de *ontología* (o su sinónimo *metafísica*). Las especulaciones relacionadas con los juicios de aprobación o desaprobación en cuestiones de conducta son tema de la *ética*. Finalmente, la teorización sobre la naturaleza de la belleza y la valoración de la obra de arte es labor de la *estética*.

* El extenso agrupamiento (superfamilia) indoeuropeo de lenguas comprende al menos doce segmentos: céltico, báltico, eslavo, heleno, albanés, armenio, germano, itálico, iranio, indico o indo-ario, hitita y tocario (en Asia Central).

No obstante lo diversas y desligadas que pueden ser estas ramas de la filosofía, todas tienen en común su extremada dependencia del verbalismo. Especialmente en el pasado, los sistemas filosóficos eran construídos bajo la forma de elaboradas jerarquías de proposiciones, cuya validez era función de la fuerza persuasiva de sus componentes verbales. El lenguaje era la arcilla usada por los diferentes pensadores para modelar sus teorías. Sin embargo, no siempre se tomaban el trabajo de manifestar explícitamente la opinión que tenían respecto a la relación existente entre el habla y sus pesquisas filosóficas. Se podría argumentar, por cierto, que el resultado de sus indagaciones era determinado en gran parte por sus suposiciones y conjeturas implícitas relacionadas con la naturaleza del habla humana.

Una de las pugnas más antiguas en el campo en donde se tocan lenguaje y filosofía tiene relación con el hecho de la "individualidad de las cosas y la generalidad del lenguaje". Entre los grandes pensadores, Platón fué el primero en manifestar explícitamente su opinión sobre el tema. Ciertos historiadores afirman que para comprender la actitud de Platón es menester recordar que siendo joven había sido discípulo de Sócrates, quien pagó con la vida la fe que tenía en la afinidad entre los hábitos de lenguaje de sus conciudadanos y los ideales universales de justicia y razón. La ejecución de su maestro hizo que Platón trazara una línea más definida entre el mundo de los fenómenos imperfectos y crudos y aquel de las *ideas* perfectas y absolutas y que "son independientes de la apariencia y el flujo de las cosas"⁴. En algunos de sus escritos dió la impresión de adjudicar a las ideas una existencia

⁴ Brunshwicg, León: "Plato and Platonism", en la *Encyclopaedia of the Social Sciences*, New York, The Macmillan Co., 1934, vol. 12, págs. 158-159.

verdadera y por fuera de la mente del hombre. Esta opinión fué adoptada por un gran número de filósofos escolásticos medievales, quienes, debido a su creencia en la realidad de las ideas, fueron conocidos como *realistas*. En sus escritos usaban el término *universales* para referirse a las ideas, tal como eran entendidas por Platón. En realidad no se puede asegurar con certeza que Platón, en su discusión de los universales, propusiera una creencia genuinamente metafísica. Y si sus opiniones sobre este punto pueden ser tratadas como una proposición puramente lógica, se le debe acreditar la provechosa distinción que estableció entre los conceptos generalizados o idealizados de objetos (incorporados en el lenguaje) y los numerosos casos en los cuales son válidos estos conceptos (y las palabras correspondientes a ellos).

Los oponentes de los realistas medievales sostenían que todos los términos generales (tales como razón, justicia, etc.) eran meras manifestaciones verbales, nombres hechos por el hombre (*nomina* en latín) que eran útiles para clasificar los múltiples fenómenos del universo en categorías más fácilmente manejables. Los partidarios de esta posición recibieron el nombre de *nominalistas*.

Entre los pensadores modernos, el gran empirista británico John Locke fué el primero, en el siglo XVII, en negar enfáticamente la existencia de universales y en sustentar una extrema posición nominalista. Su contemporáneo, el obispo George Berkeley, agregó a su rechazo de las ideas universales la creencia de que las palabras del habla humana podrían ser consideradas casi como una traba para el pensamiento humano, postulando que un razonamiento sin palabras estaría más libre de errores. El siguiente pasaje de los escritos de David Hume, sucesor filosófico de Locke y Berkeley, resume nítidamente la posición general de la escuela

empírica británica de conocimiento sobre este punto: "...todas las ideas generales no son más que ideas particulares, anexadas a un cierto término que les imparte un significado más extenso y que en ciertos casos hace que las mismas traigan el recuerdo de *ideas individuales* que son similares a ellas..."⁵.

Manuel Kant, el filósofo de fines del siglo XVIII, tenía sobre el mismo punto una opinión no del todo exenta de ambigüedad. Si bien mantuvo, junto con todos los empiristas, que el conocimiento del hombre no puede trascender de la experiencia, también creyó que parte de tal conocimiento posee una cualidad *a priori* y que no puede ser deducida de la experiencia. En su *Critica de la Razón Pura* ofrece un inventario completo de todas las formas trascendentales *a priori* empleadas por la mente del hombre en el conocimiento de la naturaleza. Los lectores modernos, sensibles al sutil influjo del lenguaje sobre el pensamiento, no pueden menos que sentir que dicho inventario kantiano había sido profundamente afectado por el vocabulario germano.

Algunos de los pensadores prominentes de nuestros tiempos han mostrado una aversión creciente a considerar categorías lingüísticas y conceptuales, salvo con referencia a contextos importantes de situación. Es así como para John Dewey el lenguaje es una herramienta que el hombre emplea para transformar ciertos aspectos de la experiencia en algo nuevo y diferente y de acuerdo con su designio. El lenguaje científico tiene la finalidad de controlar y predecir la *experiencia*, a la vez que el lenguaje estético busca la intensificación de la experiencia directa. Expresado de otro modo, el lenguaje debe ser entendido en términos de la función que sirve. Desde un punto de vista genético, y según De-

⁵ Hume, David: *Inquiry Into Human Understanding*, Libro 1, Parte 1, Sección 7, "Of Abstract Ideas".

wey, el lenguaje es una especie de apéndice de las actividades biológicas del hombre. Dado que el ajuste y las supervivencia humanos tienen sus raíces en las actividades de grupo, el lenguaje es esencial para la comunicación y la cooperación. Y dado que la conquista de la naturaleza hecha por el hombre es asegurada por el proceso de la invención creadora, el lenguaje, al permitirle responder a estímulos en su ausencia física, facilita la tarea de la imaginación constructiva. Demás está decir que la posición de Dewey ha sido para los investigadores sociales contemporáneos más aceptable que cualquier versión del realismo escolástico o de las opiniones neokantianas.

Una buena porción de pensamiento lúcido y combativo sobre el tema de lenguaje y filosofía ha surgido del llamado "círculo de Viena". Sus voceros más importantes son en la actualidad Alfred J. Ayer, de Oxford, Karl Popper (ahora en Gran Bretaña), Rudolf Carnap, Carl G. Hempel y Philipp Frank. Estos pensadores son conocidos como positivistas lógicos o empiristas lógicos. Tienen hacia la filosofía tradicional una actitud de crítica desconfianza por causa del uso indiscriminado que ella hace del lenguaje. Son de opinión que la mayoría de las "cuestiones filosóficas no son problemas para ser resueltos, sino acertijos (o pseudoproblemas) a ser (di)sueltos"⁶. El mérito de esta actitud reside en el hecho de que previene a los pensadores sobre las trampas verbales que les acechan cuando están en vías de formular sus problemas. Es el momento en que todavía queda una posibilidad de reparar la proposición inicial de acuerdo con los criterios del método científico o descartar el problema por completo como falto de validez substancial.

⁶ Flew, A. G. N., ed.: *Logic and Language*, segunda serie, Oxford, Basil Blackwell, 1953, pág. 5.

Las críticas virulentas que la escuela positivista lógica ha lanzado contra una gran parte de la filosofía académica han provocado, como es de imaginar, un sinnúmero de refutaciones igualmente acres. Se ha acusado a los empiristas lógicos de haber menoscabado la elevada misión de la filosofía, rebajándola al nivel de una disciplina "gramatical"⁷. La realidad del asunto es que la mayor parte de los empiristas lógicos arribaron a la filosofía luego de haber pasado por la física y otras ciencias, donde habían sido iniciados en las más rigurosas tradiciones de la metodología científica. Ahora bien, si las exigencias y criterios de esta tradición fueran transferidos a la filosofía, grande sería el número de filósofos en ejercicio que se hallaría privado de sus más predilectos temas y búsquedas intelectuales.

Lenguaje y significado

No obstante el hecho de que el nexo entre lenguaje y significado podría encajar apropiadamente en el campo general de la filosofía, en el curso de la historia esta relación ha sido empero investigada también por otras disciplinas (la teoría de la literatura, la psicología, la jurisprudencia, la antropología, la sociología y otras). De allí que lenguaje y significado hayan llegado a constituir un tipo separado de indagación, nutriéndose de varias disciplinas y haciendo puentes de unas a otras.

Hacia fines del siglo XIX el estudio de la relación existente entre las palabras y su significado era conocido popularmente como *semasiología*, un término acuñado por Christian Karl Reisig, profesor de latín en la Universidad alemana de Halle. Un término substituto, *significs*, fué puesto en circulación por lady Welby,

⁷ *Ibid.*, pág. 5.

cuyo artículo así titulado apareció en la undécima edición de la Enciclopedia Británica. Una etapa más decisiva en el despertar del interés por este campo de investigación puede ser identificada con la publicación de la obra *The Meaning of Meaning*, de C. K. Ogden e I. A. Richard, aparecida en 1923*.

Una fase reciente en el desarrollo de este campo tiene relación con el nombre del filósofo norteamericano Charles Morris. En un libro publicado en 1945, *Signos, Lenguaje y Conducta*, propone una teoría general de los signos y sus aplicaciones, teoría a la que denomina *semiótica*. Divide la disciplina de la semiótica en tres ramas separadas del conocimiento: la *semántica*, que trata de la relación existente entre signos y objetos; la *pragmática*, que se refiere a la relación que media entre los signos y sus productores y receptores; y la *sintaxis*, que estudia la relación existente entre los signos mismos.

Aparte su adopción por numerosos filósofos, el término *semántica* ha continuado en uso entre los filólogos y lingüistas académicos interesados en una consideración no filosófica del significado cambiante de las palabras y en el lineamiento seguido por los cambios.

Por fin, como estudiantes de ciencias sociales, no debemos ignorar una corriente de pensamiento conocida como *semántica general* (a diferencia de la *semántica a secas*). Esta corriente comenzó en 1933, cuando un ingeniero polaco, Alfred Korzybski, publicó en los EE. UU. de A. un libro titulado *Science and Sanity*. En su obra el autor aboga por la adopción más amplia de una orientación científica hacia la realidad. Destaca los efectos inconvenientes que las abstracciones lingüísticas tienen sobre la salud mental del individuo y sobre el pen-

* Hay edición castellana: *El significado del significado*, Buenos Aires, Paidós, 1954.

samiento social de la humanidad. Las ideas de Korzybski han atraído un entusiasta grupo de adeptos e intérpretes, figurando, entre otros, S. I. Hayakawa, Irving J. Lee, Wendell Johnson, Stuart Chase y Anatol Rapoport. El público lector es también cada vez mayor. No obstante su vulnerabilidad a la crítica teórica y ser un tanto culterana en algunas de sus reivindicaciones omnímodas, esta escuela de pensamiento ha hecho una importante contribución a la educación pública en lo concerniente a la naturaleza del lenguaje y a sus usos y abusos.